



# Orquesta filarmónica de Viena

## MA. TERESA CASTRILLÓN

Después de veinticinco años, la Orquesta Filarmónica de Viena, una de las mejores del mundo y considerada por algunos como la mejor, volvió a México, esta vez no en Bellas Artes sino en el Auditorio Nacional; la razón fue económica, pues sólo los 15,000 asistentes podían redituarse el costo de esta orquesta, incluyendo pasajes de cien filarmónicos y su alojamiento.

La orquesta, llamada inicialmente Academia Filarmónica, fue fundada en 1842 y fue Otto Nicolai quien le dio forma. Desde su primer concierto tuvo una alta calidad que ha sido su tradición hasta nuestros días. Sus integrantes son conscientes de ello y tienen a mucho honor el pertenecer a esta institución. Entre sus tradiciones está el que tienen que pertenecer a la orquesta de la Ópera y que esté formada sólo por hombres (con lo cual se pierden de buenos elementos femeninos que la de Berlín sí tiene). Otra tradición es por ejemplo, que son los únicos ciudadanos que tienen permiso de construir dentro de los Bosques de Viena. ¡Qué tal!

El hecho de ver anunciado un espectáculo fino en el Auditorio Nacional, francamente quita las intenciones de asistir, pues el sonido es a través de micrófonos, lo cual para escuchar a los Rolling Stone o a José José está muy bien, pero para música clásica (llamémosla así, ya que actualmente se le llama concierto a cualquier cosa), no es soportable. Sin embargo, por tratarse de la Filarmónica de

Viena y tener un boleto a mi disposición, me hicieron claudicar y fui dispuesta a “soportar” un sonido artificial.

Pero para mi sorpresa, la sonorización realizada por el Ing. Humberto Terán fue tan magistral, que no se percibía ninguna alteración ni maquillaje; había casi un micrófono para cada atril. Se podía uno percatar de la batuta mágica de Ricardo Muti (1940), a pesar de que de esta orquesta podría decirse que toca sola.

En efecto, cada uno de los músicos (que por otra parte podía uno verlos en la pantalla gigante) tienen un refinamiento, un sonido y una musicalidad que dejan que se escuche conteniendo la respiración. Aterciopeladas las cuerdas, que siempre los ha caracterizado y los alientos precisos, perfectos. Todo el conjunto proyecta espectacular unidad, finura, en fin: Música. Ejemplo para cualquiera de nuestras orquestas.

El programa fue muy clásico y muy vienés (pero nada de Johan Strauss). Empezaron con la Obertura Rosamunda de Schubert (1787-1828) de la ópera El arpa encantada que nunca se presenta. ¡Qué frescura, qué transparencia y la sonoridad, que suponemos es la misma que nos obsequió Humberto Terán, bellísima.

La segunda obra fue –después de varios cambios– la Sinfonía No. 35 en re menor K. 385 “Haffner” de Mozart (1756-1791). Es el colmo que los organizadores no se hayan percatado de que las doctas notas de Juan Arturo Brennan (sobre la Sinfonía Concertante K364) no correspondían a lo que estábamos escuchando. Tal vez los pro-

gramas se hicieron con demasiada anticipación y después hubo varios cambios, pero en ese caso, una hoja suplementaria hubiera sido pertinente, o por lo menos poner en las pantallas gigantes lo que estábamos escuchando, incluso cada movimiento (como lo hace la OFUNAM). Esto originaba que muchos dilettanti que llenaban la sala aplaudían a la menor provocación; nunca supieron qué estaban escuchando. Y viene al caso lo que cuenta nuestro colega Lázaro Azar, que cuando regresaba a su casa en el metro oyó que dos muchachitas muy humildes y muy arregladitas comentaban una a la otra “Gracias manita, que me invitaste, porque yo nunca pensé que podría escuchar a la mejor orquesta del mundo y estuvo re bonito”... Habría que acercar más la música “cultura” al pueblo.

Pues bien, la Sinfonía Haffner fue admirable por el fraseo mozartiano. Todos exactos, precisos en las arcadas, sonoridades, elegancia.

En la segunda parte escuchamos la cuarta Sinfonía en do menor D. 417 llamada “Trágica”; fue el mismo Schubert quien le dio ese nombre, aunque no es trágica en el senti-

do beethoveniano, pero sí está impregnada de la melancolía lírica del Schubert de 19 años.

La orquesta, naturalmente tenía que darle esas características del autor, el más vienés de todos. El minueto tuvo una ligereza etérea, como de elfos danzando.

Terminaron con Strauss, no vienés, ni pariente, pero vecino: el bávaro Richard Strauss, con su obra programática Muerte y transfiguración. Aquí lucieron especialmente los alientos. ¡Qué sonoridades! Toda la obra adquirió proporciones metafísicas. El tejido orquestal tan característico de Strauss tuvo una interpretación y un balance impresionantes.

El día anterior habíamos escuchado como anticipo a un cuarteto de la filarmónica en la Embajada de Austria en la recepción que les ofrecieron el embajador y su esposa. Poco pudimos apreciar, pues un helicóptero paparazzo no dejó de sobrevolar el jardín de la residencia con un ruido infernal y reflectores. Con mucho humor, el embajador dijo al final que era el estreno mundial de una obra para cuarteto de cuerdas y helicóptero. 🇩🇪



Angel Mauro